

die se lo había señalado y recordó a Cándido sus promesas en un tono tan categórico que el joven no se atrevió a rehusar. Le indicó al barón que iba a casarse con su hermana, y éste le respondió:

—No podré sufrir jamás una bajeza tan grande de mi parte ni tanta insolencia de la vuestra. Nadie podrá reprocharme jamás el haber consentido semejante infamia. Los hijos de mi hermana no podrían entrar jamás en los capítulos de Alemania. No, mi hermana no se casará si no es con un barón del imperio.

Cunegunda se echó llorando a sus pies, pero él fue inflexible.

—¡Enloquecido señor!—exclamó Cándido—, os he sacado de las galeras, he pagado vuestro rescate y el de vuestra hermana. Ella fregaba platos en este lugar, es fea, yo tengo la amabilidad de hacerla mi mujer y ¡vos pretendéis oponeros! Si me dejase llevar por la cólera os mataría otra vez.

—Mátame cuantas veces quieras, pero nunca te casarás con mi hermana mientras yo viva.

CAPÍTULO XXX

CONCLUSIÓN

EN el fondo de su corazón, Cándido no tenía el menor deseo de casarse con Cunegunda, pero la insolente impertinencia del barón lo obligaba a concluir el matrimonio y Cunegunda lo instaba tan vivamente que no podía ya volverse atrás. Consultó con Pangloss, Martín y el fiel Cacambo. El primero confeccionó un excelente memorándum, por el cual probaba que el barón no tenía derecho alguno sobre su hermana y que ella podía, según todas las leyes del imperio, casarse con Cándido. Martín quería tirar al barón al mar y Cacambo determinó que lo que convenía era devolverlo a las galeras y al capitán levantino, después de lo cual se lo devolvería a Roma con el padre general por el primer correo. El consejo pareció a todos excelentes y la vieja lo aprobó. Nada dijeron a su hermana y la cuestión se llevó a cabo por una suma de dinero. Así, tuvieron el gusto de atrapar a un jesuita y castigar a un barón alemán en su orgullo.

Sería muy natural imaginar que Cándido después de tantos desastres, casado con la que había amado y viéndose con los filósofos Pangloss y Martín, el prudente Cacambo y la vieja; habiendo, por otra parte, sacado

tantos diamantes de la patria de los antiguos Incas, llevaría la vida más agradable del mundo. Sin embargo, había sido tan saqueado por los judíos, que no le quedaba más que la pequeña alquería, la cual había comprado; su mujer, que cada vez estaba más fea, se había vuelto gruñona e insoportable; la vieja estaba enferma y tenía peor humor que Cunegunda. Cacambo, que cultivaba la huerta e iba a vender las verduras a Constantinopla, estaba lleno de trabajo y maldecía su suerte. Pangloss se desesperaba por no poder brillar en alguna universidad de Alemania, y Martín era el único que estaba firmemente persuadido de que en todas partes se vivía igual, y llevaba las cosas con calma. Cándido y los dos filósofos discutían algunas veces sobre moral y metafísica. Por delante de las ventanas se veían pasar con frecuencia barcos cargados de efendies, bajaes y cadíes que iban desterrados a Lemos, Mitilena y Erurzun; al mismo tiempo venían otros cadíes, otros bajaes y otros efendies que ocupaban las plazas de los expulsados y que a su vez serían también desterrados. Se podían ver también cabezas cortadas y bien conservadas que llevaban a la Sublime Puerta. Estos espectáculos les hacían redoblar sus discusiones, y cuando no disputaban se aburrían tanto, que la vieja se atrevió a decir un día:

—Quisiera saber qué es peor: si ser violada cien veces por piratas y negros; tener cortada una nalga, pasar por las baquetas entre los búlgaros, ser azotado y ahorcado en auto de fe, remar en galeras, sufrir al fin todos los trabajos por los que hemos pasado o aburrirse aquí mano sobre mano.

—¡Qué gran dilema!—dijo Cándido.

Esto les hizo reflexionar, y Martín concluyó que el hombre había nacido para vivir entre las convul-

siones de la inquietud o en el aburrimiento del fastidio. Cándido contradecía todo eso, pero no afirmaba tampoco nada. Pangloss confesaba que toda su vida había sido un horrible sufrimiento, pero que todo estaba bien, que lo sostendría siempre, aunque no creyera semejante cosa.

Una acabó de confirmar a Martín en sus detestables principios e hizo dudar más que nunca a Cándido y confundió a Pangloss. Y fue que un día vieron llegar a la alquería a Paquita y a fray Alelé en la mayor miseria. Se habían comido en poco tiempo las tres mil piastras y luego se separaron. Volvieron a unirse, riñeron, los metieron en la cárcel, se escaparon y, al fin, fray Alelé se había hecho turco. Paquita ejercía su profesión en todas partes pero ya no ganaba un céntimo.

—Ya os lo dije yo—recordó Martín a Cándido—que vuestros regalos los disiparían y no servirían sino para hacerlos más desdichados. Vos y Cacambo habéis tenido millones de piastras y no sois más dichosos que fray Alelé y Paquita.

—¡Ah, ah!—dijo Pangloss a Paquita—, el cielo os ha enviado. ¡Pobre criatura! ¿Sabíais que vos me cortasteis la punta de la nariz, un ojo y una oreja? ¿Cómo os curasteis? ¿Qué mundo es éste?

La novedad y la llegada de los dos desgraciados les dio ocasión para filosofar a más y mejor.

En las cercanías vivía un derviche muy renombrado que pasaba por ser el mejor filósofo de Turquía. Fueron a consultarle y Pangloss le dijo:

—Maestro, venimos a suplicaros que nos digáis ¿para qué fin ha sido creado ese extraño animal que llaman hombre?

—¿Qué te importa?—le dijo el derviche.

—Pero venerable padre—dijo Cándido—, el mal se ha extendido horriblemente sobre la tierra.

—¿Qué puede importar—dijo el derviche— el bien o el mal? Cuando su alteza manda un barco hacia Egipto, ¿se ocupa acaso de si los ratones que van en él estarán a gusto o no?

—¿Qué hacer, entonces?—dijo Pangloss.

—Callarse—contestó el derviche.

—Mé hubiera gustado—dijo Pangloss—conversar con vos acerca de los efectos y las causas del mejor de los mundos posibles, del origen del mal, de la naturaleza del alma y de la armonía preestablecida.

Ante estas últimas palabras, el derviche les dio con la puerta en las narices.

Después de esta conversación, corrió la noticia de que en Constantinopla acababan de ahorcar a dos visires de la banca y de la religión y que muchos de sus amigos habían sido empalados. Esta catástrofe hizo mucho ruido durante algunas horas. Pangloss, Martín y Cándido se encontraron al volver a la alquería con un anciano que tomaba el fresco a la puerta de su casa, bajo la sombra de unos naranjos. Pangloss, que era tan curioso como razonador, le preguntó cómo se llamaba el mufti que acababan de estrangular.

—No lo sé—respondió el buen hombre—, ni nunca supe el nombre de ningún mufti ni de ningún visir. Ignoro por completo el suceso de que me habláis; en general, aquellos que se ocupan de negocios públicos perecen algunas veces miserablemente y con razón. Já más me informo de lo que pasa en Constantinopla y me contento con enviar allá, para venderlos, los frutos del huerto que cultivo.

Después de estas palabras, hizo entrar a los extranjeros en su casa y sus dos hijas y sus dos hijos les ofre-

cieron varias clases de helados que hacían ellos mismos: kaimak picado, cortezas de cidra en dulce, naranjas, cidras, limones, ananaes, dátiles, pistachos, café moka, que no estaba mezclado con el malo de Batavia y de las islas. Después del refrigerio, las dos hijas del musulmán perfumaron las barbas de Cándido, Pangloss y Martín.

—Debéis poseer—dijo Cándido al turco—un magnífico terreno.

—No tengo sino veinte arpentas—respondió el turco—; las cultivo con mis hijos y el trabajo nos libra de los tres peores males: el fastidio, el vicio y la indigencia.

Al volver a la alquería, Cándido hizo profundas reflexiones sobre todo lo que había dicho el turco y le dijo a Pangloss y a Martín:

—Me parece que este buen viejo se ha creado un estado mucho más preferible que el de aquellos seis reyes con quienes tuvimos el honor de cenar.

—Según el parecer de muchos filósofos—dijo Pangloss—las grandezas son harto peligrosas. En efecto, Eglón, rey de los moabitas, fue asesinado por Aud; Absalón fue suspendido por los cabellos y atravesado por tres dardos; el rey Nadab, hijo de Jeroboam, fue muerto por Baasa; el rey Ela, por Zambri; Ocasías, por Jehú; Atalía, por Joiada; los reyes Joaquin, Jeconías y Sedecías fueron esclavizados. Ya sabéis cómo pericieron Creso, Actyage, Darío, Dionisio de Siracusa, Pirro, Perseo, Aníbal, Yugurta, César, Pompeyo, Nerón, Othón, Vitelio, Domiciano, Ricardo segundo de Inglaterra, Eduardo segundo, Enrique sexto, Ricardo tercero, María Estuardo, Carlos primero, los tres Enríques de Francia, el emperador Enrique cuarto. Ya sabéis...

VOLTAIRE

—Lo que sé, en verdad—dijo Cándido—, es que es preciso cultivar nuestro jardín.

—Tenéis razón—dijo Pangloss—, porque cuando el hombre fue colocado en el jardín del edén, fue puesto *ut operaretur eum* para trabajar;— lo que prueba que el hombre no ha nacido para el ocio.

—Trabajemos sin discutir—dijo Martín—; es el único medio de hacer la vida tolerable.

La pequeña colonia adoptó el loable designio y cada cual puso en ejercicio su mejor disposición, produciendo la pequeña cantidad de tierra mucho más. Cunegunda era horrible, pero llegó a hacerse una excelente pastelera; Paquita bordaba, y la vieja se encargó de la ropa blanca. Hasta el fraile Alelí se convirtió en excelente carpintero y en hombre de bien. Pangloss le decía algunas veces a Cándido:

—Todos los sucesos están encadenados en el mejor de los mundos posibles, porque si vos no hubieseis sido echado del hermoso castillo a puntapiés por amar a la señorita Cunegunda; si no hubieseis tenido que ver con la inquisición; si no hubieseis recorrido América a pie; si no hubieseis atravesado al barón; si no hubieseis perdido los carneros de Eldorado, no comeríais aquí dulce de cidra, ni pistachos.

—Todo está muy bien—dijo Cándido—, pero cultivemos nuestro jardín.

Ferry.

ZADIG O EL DESTINO (HISTORIA ORIENTAL)